

Agatha Christie[®]

EL PUDDING DE NAVIDAD



Agatha Christie

El pudding de Navidad

Traducción de C. Peraire del Molino



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

The Adventure of the Christmas Pudding © 1960. Agatha Christie Limited. All rights reserved.

The Poirot icon is a trademark, and AGATHA CHRISTIE, POIROT, the Agatha Christie Signature and the AC Monogram Logo are registered trademarks in the UK and elsewhere. All rights reserved.

The Marple icon is a trademark, and MARPLE is a registered trademark in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie

© por la traducción, Editorial Molino

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © David Sierra

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2025

Depósito legal: B. 13.312-2025

ISBN: 978-84-08-30802-7

Composición: Realización Planeta

Impreso en España

Capítulo 1

—**L**amento enormemente... —empezó Hércules Poirot. Le interrumpieron. No con brusquedad, sino suave y hábilmente, con ánimo de persuadirle.

—Por favor, monsieur Poirot, no se niegue usted sin considerarlo antes. El asunto tendría consecuencias graves para la nación. Su colaboración sería muy apreciada en las altas esferas.

—Es usted muy amable. —Hércules Poirot agitó una mano en el aire—. Pero, de verdad, me es imposible comprometerme a hacer lo que me pide. Es esta época del año...

Mr. Jesmond volvió a interrumpirle con su suave tono de voz.

—Navidad... —dijo—. Unas Navidades a la antigua usanza en el campo inglés.

Poirot se estremeció. La idea del campo inglés en aquella época del año no le atraía.

—¡Unas auténticas Navidades a la antigua usanza! —recalcó Mr. Jesmond.

—Yo... no soy inglés. En mi país la Navidad es una fiesta para los niños. Año Nuevo, eso es lo que nosotros celebramos.

—¡Ah! Pero la Navidad de Inglaterra es una gran institución, y yo le aseguro que en ningún sitio podría verla mejor que en Kings Lacey. Le advierto que es una casa maravillosa, muy antigua. Una de las alas data del siglo xiv...

Poirot se estremeció de nuevo. La idea de una casa solariega inglesa del siglo xiv le daba escalofríos. Lo había pasado muy mal en Inglaterra en esas casas históricas. Pasó la mirada con aprobación por su moderno y confortable piso, provisto de radiadores y de los últimos inventos destinados a evitar la menor corriente de aire.

—En invierno no salgo nunca de Londres —dijo con firmeza.

—Monsieur Poirot, me parece que no acaba de darse cuenta de la gravedad de este asunto.

Mr. Jesmond miró al hombre que lo acompañaba y luego se quedó contemplando a Poirot.

Hasta entonces, el más joven de los visitantes se había limitado a decir en actitud muy correcta y diplomática: «¿Cómo está usted?». Se hallaba sentado, mirando sus relucientes zapatos, y una expresión de profundo desaliento se reflejaba en su cara color café. Aparentaba unos veintitrés años y saltaba a la vista que se sentía desgraciadísimo.

—Sí, sí —dijo Poirot—. Claro que el asunto es grave. Lo comprendo perfectamente. Su Alteza tiene todas mis simpatías.

—La situación es de lo más delicada —asintió Mr. Jesmond.

Poirot volvió la mirada al hombre de más edad. Si hubiera que describir a Mr. Jesmond con una sola palabra, esta habría sido *discreción*. Todo en él era discreto: su ropa de buen corte, aunque nada llamativa; una voz agradable y educada, que casi nunca salía de su grata monotonía; su cabello castaño claro, que empezaba a escasear en las sienes, y un rostro pálido y serio. A Hércules Poirot le parecía que había conocido en su vida no uno, sino una docena de señores Jesmond, y todos acababan por decir, tarde o temprano, la misma frase: «La situación es de lo más delicada».

—Le advierto que la policía puede actuar con gran discreción —sugirió Poirot.

Mr. Jesmond meneó la cabeza con energía.

—Nada de policía —dijo—. Para recuperar la... ¡ejem!, lo que queremos recuperar, sería casi inevitable iniciar procedimiento criminal... ¡y sabemos tan poco! Sospechamos, pero no sabemos.

—Tienen ustedes todas mis simpatías —volvió a decir Poirot.

Si creía que su simpatía iba a importarles algo a sus dos visitantes, estaba equivocado. No querían simpatía sino ayuda práctica. Mr. Jesmond empezó a hablar de nuevo de la Navidad inglesa.

—La celebración de la Navidad, como se entendía en otros tiempos, está ya desapareciendo. Hoy en día la gente se va a pasarla a los hoteles. Pero una Navidad inglesa a la antigua usanza, con toda la familia reunida, los calcetines con los regalos de los niños, el árbol de Navidad, el pavo y el pudding de ciruelas, los *crakers*.¹ El muñeco de nieve junto a la ventana...

Hércules Poirot quiso ser exacto e intervino.

—Para hacer un muñeco de nieve —observó con severidad— hace falta nieve. Y no puede uno tener nieve de encargo, ni siquiera para una Navidad a la inglesa.

—He estado hablando precisamente hoy con un amigo mío del observatorio meteorológico —dijo Mr. Jesmond— y me ha dicho que es muy probable que nieve estas Navidades.

No debió haber dicho semejante cosa. Hércules Poirot se estremeció con mayor violencia.

—¡Nieve en el campo! —dijo—. Eso sería aún más abominable. Una casa solariega de piedra, grande y fría.

—Nada de eso. Las casas han cambiado mucho en los últimos diez años. Tienen calefacción central de petróleo.

1. Especie de petardos, envueltos en papel de color y que contienen un pequeño regalo, como un sombrero de papel.

—¿De veras hay calefacción central de petróleo en Kings Lacey? —Por vez primera, el belga parecía vacilar.

El otro se apresuró a aprovechar la oportunidad.

—Claro que la tienen, y también agua caliente. Hay radiadores en todas las habitaciones. Le aseguro a usted, querido monsieur Poirot, que Kings Lacey en invierno es en extremo confortable. Puede que hasta le parezca que en la casa hace demasiado calor.

—Eso es muy improbable.

Con la habilidad que da la práctica, Mr. Jesmond cambió de tema.

—Comprenderá usted que nos encontramos en una situación muy difícil —dijo en tono confidencial.

Hércules Poirot asintió con un movimiento de cabeza. El problema, desde luego, era desagradable. El único hijo y heredero del soberano de un nuevo e importante Estado había llegado a Londres unas semanas antes. Su país había pasado por una etapa de inquietud y de descontento. Aunque leal al padre, que se había conservado plenamente oriental, la opinión popular tenía ciertas dudas respecto al hijo. Sus locuras habían sido típicamente occidentales y, como tales, habían merecido la desaprobación del pueblo.

Sin embargo, acababan de ser anunciados sus esponsales. Iba a casarse con una joven de su misma sangre que, aunque educada en Cambridge, tenía buen cuidado de no mostrar en su país influencias occidentales. Se había anunciado la fecha de la boda y el joven príncipe había viajado a Inglaterra, llevando consigo algunas de las famosas joyas de su familia, para que Cartier las reengarzara y modernizara. Entre las joyas había un rubí muy famoso extraído de un collar antiguo, recargado, y al que los famosos joyeros habían dado un aspecto nuevo. Hasta aquí todo iba bien, pero luego habían empezado las complicaciones. No podía esperarse que un joven tan rico y amigo de las diversiones no cometiera alguna locura. Nadie se lo había censurado, porque

todo el mundo espera que los príncipes jóvenes se diviertan. El que el príncipe llevase a su amiga de turno a dar un paseo por Bond Street y le regalara una pulsera de esmeraldas o un broche de brillantes, en prueba de agradecimiento por su compañía, habría resultado de lo más natural, y en cierta manera comparable a los Cadillac que su padre ofrecía invariablemente a su bailarina favorita del momento.

Pero el príncipe había llevado su indiscreción mucho más lejos. Halagado por el interés de la dama, le había mostrado el famoso rubí en su nuevo engaste, cometiendo la imprudencia de acceder a su deseo de dejárselo lucir, solo una noche.

El final había sido corto y triste. La dama se había retirado de la mesa donde estaban cenando para empolvase la nariz. Pasó el tiempo y ella no volvió. Había salido del establecimiento por otra puerta y se había esfumado. Lo grave y triste del caso era que el rubí, en su nuevo engaste, también había desaparecido con ella.

Estos eran los hechos, que de hacerse públicos traerían las más desastrosas consecuencias. El rubí no era una joya cualquiera, sino una prenda histórica de enorme valor y, de conocerse las circunstancias de su desaparición, las consecuencias políticas serían gravísimas.

Mr. Jesmond no era capaz de expresar estos hechos en lenguaje sencillo. Los envolvió en una complicada verbosidad. Hércules Poirot no sabía del todo bien quién era Mr. Jesmond. Había encontrado muchos señores Jesmond en el transcurso de su profesión. No se especificó si tenía relación con el Ministerio del Interior, con el Ministerio de Asuntos Exteriores o con alguna rama más discreta del servicio público. Obraba en interés de la Comunidad Británica. Era preciso recuperar el rubí.

Insistió en que monsieur Poirot era el hombre indicado para recuperarlo.

—Quizá... sí, puede que sí —concedió Hércules Poi-

rot—. Pero me dice usted tan poco... Sugestiones, sospechas... No es mucho sobre lo que basarse.

—¡Vamos, monsieur Poirot, no me diga que es demasiado para usted! ¡Vamos, vamos!

—No siempre tengo éxito.

Pero eso no era más que falsa modestia. El tono de voz de Poirot dejaba entrever claramente que, para él, encargarse de una misión era casi sinónimo de finalizarla con éxito.

—Su Alteza es muy joven —advirtió Mr. Jesmond—. Sería triste que toda su vida quedase arruinada por una simple indiscreción de juventud.

Poirot miró con expresión de benevolencia al alicaído joven.

—La juventud es la época de hacer locuras —dijo en tono alentador—, y para un hombre corriente no tiene la misma importancia. El buen papá paga, el abogado de la familia desenreda el embrollo, el joven aprende con la experiencia y todo termina bien. En una posición como la suya es muy grave. Su próximo matrimonio...

—Eso es. Eso mismo —eran las primeras palabras que salían con fluidez de la boca del joven—. Ella es una persona muy seria. Se toma la vida demasiado en serio. Ha adquirido en Cambridge ideas muy serias. «Se debería educar a mi país.» «Habría que dotarles de escuelas.» «Deben hacerse muchas cosas allí.» Todo ello en nombre del progreso, ¿me entiende?, de la democracia. No va a ser, dice, como en tiempos de mi padre. Naturalmente, sabe que tengo que divertirme, pero sin escándalo. ¡Escándalo, no! Es el escándalo lo que importa. Este rubí es muy famoso, ¿entiende? Tiene una larga historia tras él. ¡Mucha sangre derramada, muchas muertes!

Mr. Jesmond asintió haciendo un ademán con la cabeza.

—Muertes —murmuró Poirot, pensativo. Miró a Mr. Jesmond y añadió—: Esperemos que la cosa no llegue a esos extremos.

Mr. Jesmond hizo un ruido extraño, parecido al de una gallina que hubiera decidido poner un huevo y luego cambiase de idea.

—No, no, claro que no —dijo con mucha compostura—. Estoy seguro de que no habrá nada de eso, ninguna necesidad de...

—No puede usted estar seguro. Sea quien fuere el que posea el rubí en este momento, puede que haya otros deseos de apropiárselo y que no se detengan ante pequeñeces, amigo mío.

—De verdad creo innecesario que nos metamos en especulaciones de esa clase —dijo Mr. Jesmond, con mayor compostura aún—. Son completamente inútiles.

Poirot pareció de pronto mucho más extranjero al responder:

—Yo considero todas las contingencias, como los políticos.

Mr. Jesmond lo miró, confuso. Recobrándose, dijo:

—Bueno, entonces decidido, ¿no es así, monsieur Poirot? ¿Va a ir usted a Kings Lacey?

—¿Y cómo explico mi presencia allí? —preguntó Hércules Poirot.

Su interlocutor sonrió aliviado.

—Eso creo que podrá arreglarse muy fácilmente —dijo—. Le aseguro que arreglaremos las cosas para que su visita no suscite la más mínima sospecha. Verá usted lo encantadores que son los Lacey. Una pareja agradabilísima.

—¿Y no me engaña usted respecto a la calefacción central de petróleo?

—¡No, no, cómo voy a engañarle! —Mr. Jesmond parecía muy dolido—. Le aseguro que encontrará usted allí toda clase de comodidades.

—*Tout confort moderne* —murmuró Poirot para sí, recordando—. *Eh bien!* —dijo, decidiéndose—, acepto.